

El Rumor de la Batalla

En la última novela de Luis Enrique Délano, "El rumor de la batalla" (Editora Austral), todos los personajes han sido escogidos en un mismo grupo. Merced a este arbitrio, la obra carece de algunos contrastes que pudieran haberle dado mayor dramatismo. Todos, por ejemplo, creen que el fascismo es malo, y se ponen furiosamente a combatirlo. Todos creen que la izquierda española es santa y digna de perpetuarse, y se aplican a defenderla. Todos, también, suponen que el Frente Popular va a dar felicidad al pueblo de Chile, y lo secundan. Nos hemos instalado, como puede verse, en el año 1938. La novela termina cuando el candidato frentista, obtenido el triunfo, se dispone a gobernar.

"El rumor de la batalla", decíamos, carece de contrastes, porque los personajes han sido escogidos con prevención entre individuos de ideas muy afines, o porque el autor no quiso dar la dignidad de protagonistas de su libro a los odiosos adversarios. Ambos extremos son posibles. El resultado no es el mejor de todos, porque la falta de contrastes hace de los diálogos de la obra una competencia de venias y de zalamas. Veamos un ejemplo (p. 198):

"...Formamos una especie de grupo. Hemos estado trabajando mucho por la República Española, publicamos un periódico chiquito, pero muy animado, el Miliciano..."

"—¡Ah, pues, yo soy partidaria de los leales hasta los huesos!"

"—Ya lo sé y es una razón más para estimarla, Ximena... Ahora estamos pensando en la forma de trabajar por el Frente Popular, por la candidatura de don Pedro Aguirre Cerda."

"—¡Magnífico! Soy aguirrista, también."

"—No podía ser de otra manera, una persona de su calidad..."

Este diálogo se ve, repetido con algunas variantes, en otros sitios del libro. El lector habrá podido advertir que todo es soso, incoloro, por falta de contraste. Como los dos personajes sienten lo mismo, son frentistas, son izquierdistas, son aguirristas, no pueden hablar sino como se ve allí: sin pasión, sin nervio, en tono de editorial y de arenga. Claro está que la expresión juega ciertas malas partidas al autor, que al parecer no da mucha importancia al estilo. La chica, por ejemplo, dice ser partidaria de los leales (éstos son los rojos de España), y por la formación errónea de la frase no se sabe si es hasta los huesos de los leales o hasta los huesos de ella. Y la cosa tiene su alcance macabro, porque muchos de esos "leales" perdieron

la vida y, en consecuencia, no es muy sano hablar de sus huesos.

Pero no todo es tan soso como hemos anunciado. Hay un momento en que por la escena entra la gloriosa presencia de Renée, y algunos elementos de los que ha ido sembrando el autor en su relato, se desquician.

Según Délano, la mujer era muy bella. De día, pronunciaba arengas antifascistas, como se dijo en el lenguaje de la época, con lo cual levantaba olas de aplausos. En la noche... Bueno la noche era sólo de ella y de algunos de sus elegidos. Caritativa, inclinada a hacer la dádiva de sus encantos a quien se le pusiera por delante no sólo repasa a varios de los del combativo grupo antifascista donde actúa sino que también, en la soledad de El Quisco, se hace visitar en las sombras nocturnas por un mariscador primitivo y tal vez ineducado. Dice animismo el autor que en sus amores iba más a la violencia que a la ternura, para lo cual se nos ofrecen detalles que no dejan espacio a ninguna vacilación. No los repetiremos. Basta lo ya dicho para hacer ver que como contraste Renée los ofrece en grande.

Si en una novela escrita por un fascista, como se decía en el lenguaje de 1938, se hubiera puesto con rasgos como de ninfomana a una mujer de ideas izquierdistas, la crítica antifascista habría proclamado que eso se hacía con mala intención. La situación en que nos hallamos, como se ve, es diferente. ¿Por qué un escritor antifascista muestra en obra a una antifascista inclinada a la ninfomanía? Misterio.

Podría decirse que así el autor procuraba introducir en su relato la sorpresa, lo curioso, lo exótico, porque Renée, a mayor abundamiento, no sólo es antifascista, como ya sabemos, sino también francesa. Sea lo que fuere, las peripecias suscitadas en torno al lecho de Renée no son tan graves como para introducir ningún cambio en el relato.

Sin esfuerzo podríamos desprender algunos rasgos autobiográficos de esta novela, anunciada como la primera de una serie de cuatro. La picaresca del periodismo juvenil, por ejemplo, aparece en los primeros capítulos, cuando un muchacho entra a servir en las filas de un periódico que no es el de sus ideales. Uno de los personajes afirma que debe hacerlo, porque conviene "ir al corazón del enemigo para robarle sus secretos" (p. 47). Han pasado algunos años. El periodista de ayer es el novelista de hoy. Cabría preguntarle qué secretos aprendió o vislumbró en aquel paso por el diario que no era el de sus ideales.

Me anticipo a su respuesta.

En aquella etapa de su vida, como en otras, Luis Enrique Délano sintió a cada paso de la carrera el amor de sus compañeros, la comprensión y la cordialidad de quienes tuvieron el honor de trabajar a su lado. Secreto o no, sintió el efluvio de la amistad. Sus amigos de oficio y sus compañeros de letras le respetan y le aplauden. Puede ser que, ocasionalmente, sus escritos no les parezcan tan brillantes, como quisieran, pues han solido verlos embarazados por una posición política que les arrebató frescura; pero en Délano, invariablemente, saludan el entusiasmo y el tesón. Cada vez que un nuevo libro les deja algo defraudados, le abren nuevo crédito y se juran que la próxima vez será. ¿Por qué? No pierdan la fe en el brioso corazón de este muchacho destinado a no envejecer nunca, a pesar de los años.

El lector tendrá derecho también a preguntarse por qué me anticipé yo a esa respuesta. Es que soy sobreviviente de ese grupo periodístico aludido por Délano y formado en el diario que no era el de sus ideales; y es que sigo creyendo en su talento literario, a pesar de los desmentidos que viene el autor prodigando con cabal reiteración en estos libros escritos bajo consigna y con la intención preconcebida de pintar las cosas de cierto modo. Creo en él porque le conocí de joven, trepidante de entusiasmo, cuando todo era porvenir. Preferiría que no hubiera escrito este libro descolorido, sin pulsos, clorótico, anodino, y pues lo escribí le digo, en nombre de la inalterable lealtad de nuestros vínculos, que la receta elegida no es la mejor. Ha visto mundo, ha estado en muchas partes, ha conocido gente curiosa, y cuando se pone a escribir olvida todo ello y mueve en su novela unos muñecos eviscerados y exangües, un tanto ridículos.

Abra los ojos el viejo y querido amigo, el respetado escritor, el resuelto y combativo periodista, y trate de comprender como las anteojeras estéticas que se dejó colocar le están angostando el panorama.

Raúl Silva Castro